

Declaraciones de Dios sobre la persona de Cristo

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

1 - La voz del Padre oída por los hombres (2 o 3 veces)	3
2 - Declaraciones proféticas	3
2.1 - En su nacimiento (Sal. 2 y Hebr. 1:5)	4
2.2 - Al entrar en la gloria milenaria (Sal. 45 y Hebr. 1:8-9)	5
2.3 - Cuando la muerte está a la vista (Sal. 102 y Hebr. 1:10-12)	6
2.4 - En resurrección (Sal. 110:1 y Hebr. 1:13)	7
2.5 - Como recibido en gloria (Sal. 110:4 y Hebr. 5:6)	8
2.6 - Nuestro Sumo Sacerdote	9

1 - La voz del Padre oída por los hombres (2 o 3 veces)

Solo en 2 ocasiones la voz del **Padre** fue realmente oída por los hombres. En los tiempos del Antiguo Testamento, antes de que la verdad de la Trinidad fuera claramente revelada, Dios frecuentemente hablaba directamente con los hombres, como con Moisés, por ejemplo. Sin embargo, cuando vino Cristo, todo cambió. En su bautismo, la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– se manifestó en plena luz, y se oyó la voz del Padre que decía: «Tú eres mi amado Hijo; en ti me complazco» ([Marcos 1:11](#)). Se trataba de una declaración personal dirigida al Hijo.

La segunda ocasión fue la transfiguración, donde no solo se oyó la misma voz, sino que se dirigió manifestamente a los hombres, diciendo: «Este es mi Hijo amado; escuchadle» ([Marcos 9:7](#)).

Hubo una tercera ocasión en que la voz del Padre se dirigió al Hijo a los oídos de los hombres ([Juan 12:28](#)), pero aparentemente la oyeron solo como un trueno.

Todo esto concuerda asombrosamente con lo que se afirma en [Hebreos 1:2](#), a saber, que el Hijo se ha convertido en el portavoz de la Deidad, siendo él mismo más que un portavoz, puesto que él mismo es lo que expresa. Por tanto, el Padre expresa primero su complacencia personal en él, y luego declara esta complacencia a los hombres añadiendo las significativas palabras: «Escuchadle». A partir de entonces, es el Hijo quien habla, y nosotros le escuchamos.

2 - Declaraciones proféticas

Pero, aunque estas son las únicas ocasiones en que se ha permitido al hombre oír la voz del Padre hablando del Hijo o al Hijo, nos está permitido leer en las Escrituras palabras que son una declaración profética de los pensamientos de Dios Padre acerca del Hijo. Es como si estuvieran dirigidas directamente a él.

Palabras maravillosas como estas destacan por derecho propio y ocupan un lugar único, al igual que la incomparable oración del Señor en [Juan 17](#). Nada puede superar el privilegio estar admitido a oír al Hijo dirigirse al Padre, o al Padre dirigirse al Hijo.

En los capítulos iniciales de la Epístola a los Hebreos, la gloria del Señor Jesucristo está presentada en sorprendente excelencia a todos los que le han precedido; y

así encontramos 5 declaraciones distintas de Dios Padre dirigidas al Hijo en citas del Antiguo Testamento. Todas ellas se encuentran en los salmos mesiánicos, y están agrupadas en Hebreos (especialmente 1, y 5) por el Espíritu de Dios como una constelación de estrellas brillantes que declaran la gloria de **Jesús**.

Veámoslas brevemente:

2.1 - En su nacimiento (Sal. 2 y Hebr. 1:5)

«Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo alguna vez: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?» (Hebr.1:5).

Esta es una cita del **Salmo 2**, que contempla la furia y la oposición de los hombres, justo antes de la gloriosa aparición de Cristo, cuando será establecido como Rey en Sion, el monte santo de Dios. En el versículo 7, habla el Mesías, relatando el decreto divino que le concierne.

Este decreto no solo es citado por el Espíritu en **Hebreos 1:5**, sino también en **Hechos 13:33** en la predicación de Pablo en la sinagoga de Antioquía. Esta última cita determina, para nosotros, el alcance del decreto. Está vinculado a la forma en que Dios cumplió las promesas hechas a los padres, a saber, resucitando a Jesús.

Dios había “suscitado” a más de un profeta en el pasado, como dice **Hebreos 1**, pero resucitar a Cristo era un acto aparte de todos los demás. Nació de una mujer, por supuesto, pero nunca olvidemos que el poder del Espíritu Santo estaba tan íntimamente relacionado con su resurrección que está escrito: «La santa Criatura que nacerá, será llamada Hijo de Dios» (**Lucas 1:35**).

He aquí un rayo de luz sobre su gloria. Fue como «Hijo» –la segunda Persona de la Trinidad, en nuestro lenguaje– como Dios habló, revelándose a nosotros; pero para hacerlo, se hizo Hombre. Y porque así se humilló para convertirse en el gran portavoz de la Deidad, existe el riesgo de que su propia gloria quede oscurecida; y por eso se publica el decreto, y se nos permite escuchar las palabras que Dios Padre le dirigió, pronunciadas, por así decirlo, en el mismo momento de su nacimiento. El Hombre Cristo Jesús es *el Hijo de Dios*.

2.2 - Al entrar en la gloria milenaria (Sal. 45 y Hebr. 1:8-9)

«Pero respecto al Hijo dice: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos; cetro de rectitud es el cetro de tu realeza. Amaste la justicia y aborreciste la maldad; por esto te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros» (Hebr. 1:8-9).

El Salmo 45 está ahora puesto a contribución por el Espíritu de Dios, y nos movemos en pensamiento a través de las escenas milenarias.

Este salmo es un cántico de triunfo en el que los fieles piadosos celebran la entrada del Mesías en su reino de gloria. Los versículos citados por el Espíritu de Dios en Hebreos 1 son el punto culminante.

En el versículo 1, el Mesías es «el Rey».

En el versículo 2, está lleno de gracia, bendecido por Dios, y supera a los hijos de los hombres en todas las perfecciones morales.

En los versículos 3, 4 y 5, lo vemos en majestad y poder, ejecutando el juicio, «por la verdad, la humildad y la justicia».

Todo esto es bueno y conmueve el corazón del salmista hasta desbordarlo de alabanzas.

Pero los versículos 6 y 7 son la voz de Dios, dirigida al Mesías mismo. Dificilmente podríamos haber sabido esto sin Hebreos 1:8. Es como si el Padre mismo interrumpiera la alabanza del salmista. Por buena que fuera, no era suficiente. De repente nos elevamos en espíritu como sobre alas de águila, en alto, en alto, cada vez más alto, hasta que, atravesando las más altas capas de nubes, la luz del sol irrumpe en nuestra vista sin atenuación: el Mesías es **Dios**. Así lo saluda Dios Padre. Su trono es eterno, su cetro es un cetro de justicia.

En este día milenario, el Mesías, que es Dios, ocupará el trono y blandirá el cetro, pero no dejará de identificarse con el humilde camino por el que caminó, tomando a Dios por su Dios. Amó la justicia hasta la muerte. Odió la maldad hasta la muerte –y muerte de cruz; por eso está sentado en el trono, ungido por su Dios con un óleo de gozo por encima de sus compañeros. Es moralmente justo. Un gran «Amén» llenará el mundo en ese día.

En estas citas de Hebreos 1, desde la declaración de Dios Padre al Hijo en su nacimiento en el tiempo como Hijo de Dios (Sal. 2), pasamos luego a esta declaración en

el tiempo de la gloria milenaria ([Sal. 45](#)) –en otras palabras, pasamos del comienzo de los **caminos** de Dios en relación con Cristo, a su consumación o terminación. A veces cantamos:

*«Hijo del hombre, su encarnación
inauguró la historia de la gracia,
Hijo de Dios, en una nueva creación,
Cabeza de una raza elegida.
Que la gloria le corone en el lugar dado por orden divino».*

Pero el principio y el fin no podían vincularse felizmente sin un eslabón intermedio. Esto es lo que, en [Hebreos 1](#), el Espíritu de Dios se apresura a proporcionar.

2.3 - Cuando la muerte está a la vista ([Sal. 102](#) y [Hebr. 1:10-12](#))

Dice: «Tú, Señor, el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos, ellos perecerán, pero tú permaneces; y todos ellos, como una vestidura, envejecerán, y como una vestidura los enrollarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán» ([Hebr. 1:10-12](#)).

¡Este es el eslabón intermedio! Entre la encarnación y la gloria milenaria, está la cruz y todo lo que implicó; por eso el Espíritu de Dios, con habilidad divina, extrae estos versículos incomparables del [Salmo 102](#) y los inscribe aquí, como grabados en un joyero.

El [Salmo 102](#) es «una oración del que sufre, cuando está angustiado, y delante de Jehová derrama su lamento». Encontramos en él, suministradas por el espíritu de profecía, las mismas expresiones del alma de Jesús arrodillado en el huerto de Getsemaní, con la cruz ante él.

Desde el principio hasta la mitad del versículo 24, tenemos la voz del Mesías. Derrama sus dolores en oídos de Jehová; había sido levantado como el Mesías prometido, y abatido para soportar el juicio y la maldición (v. 10). Sus santos pensamientos se vuelven hacia los días de gloria aún reservados para Sion, y hacia la reunión del pueblo al fin en paz y bendición; y sin embargo él, el Santo de Dios, ve su fuerza abatida y sus días acortados (v. 23-24). Presintiendo todas estas cosas a la perfección, brota su clamor –un gran clamor con lágrimas, como dice [Hebreos 5:7](#): «Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días».

Entonces habla Jehová, aunque no lo hubiéramos sabido sin [Hebreos 1:8, 10](#). En esta

gran crisis, suprema entre todas en la historia del Mesías, es aclamado por Jehová como «Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Is. 9:6).

Nos elevamos cada vez más. El Jesús que se hizo querido a nuestros corazones al morir, es declarado ser el Creador, aquel por quien todas las cosas subsisten y aquel que termina todas las cosas. Él es *el mismo*. Aquí llegamos a un punto que no puede ser superado. La mente falla, y solo los afectos espirituales pueden ayudar. Cuando no podemos ir más allá, adoramos.

¿No es apropiado que estas exquisitas palabras hayan sido la Palabra de Dios Padre dirigida al Hijo *en la hora de la muerte*? Entonces Jesús, habiéndose humillado al nivel más bajo posible en un amor abnegado, es saludado en ese mismo momento por lo que expresa el punto más alto de su gloria.

Así que Jesús recibió esta maravillosa declaración de su gloria justo antes de entrar en la hora más terrible.

*«... Apenado pero no horrorizado,
El cuerpo extenuado y su cabeza coronada de espinas,
Abandonado por Dios, traicionado por el hombre
Sube al Calvario por nosotros,
Y muriendo allí en el dolor y la vergüenza
Nos salvó –bendito sea su nombre».*

2.4 - En resurrección (Sal. 110:1 y Hebr. 1:13)

«A cuál de los ángeles ha dicho alguna vez: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Hebr. 1:13).

Después de la muerte viene la resurrección y la exaltación. ¿Qué otra cosa podría haber después de la muerte de una Persona como la que hemos visto que es Jesús? Por eso el Espíritu de Dios escoge estas palabras del **Salmo 110**.

Estas son las palabras que Jehová dirigió al Señor de David, palabras que dejaron a los fariseos completamente desconcertados (Mat. 22:41-46), porque implicaban algo sobre la gloria de su Persona que ellos estaban decididos a no admitir. David aclamó a este lejano descendiente como su Señor porque él es el Hijo de Dios, así como el Hijo de David.

Dios no solo resucitó a Jesús de entre los muertos, sino que le dio la gloria, de

sentarse a su diestra, el lugar del poder y de la administración. Esta referencia se vincula particularmente al momento presente. Define la posición actual de Cristo, que espera el reino en poder cuando Jehová envíe desde Sion la vara de su fuerza y gobierne en medio de sus enemigos, exaltado por su pueblo de libre albedrío (Sal. 110:2-3).

Hoy, sin embargo, él es ciertamente rechazado, pero es como un rechazado resucitado que estas palabras se dirigen a él, expresando la satisfacción divina en él. Porque glorificó a Dios en la muerte, es glorificado en Dios inmediatamente (Juan 13:32).

En 4 ocasiones, aparte de esta cita del Salmo 110, leemos en la Epístola a los Hebreos que Cristo está sentado a la diestra de Dios.

- **Hebreos 1:3:** Él «se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas». Esta posición exaltada está evidentemente conectada, allí, con la *extrema grandeza de su persona*.
- **Hebreos 8:1:** Está sentado «a la diestra del trono de la majestad en los cielos». Esto es como Sumo Sacerdote. Está allí en virtud de la *extrema dignidad de su cargo*.
- **Hebreos 10:12:** «Habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados», “una sola vez”, «se sentó a perpetuidad a la diestra de Dios». Este lugar le corresponde por la *extrema perfección de su obra*.
- **Hebreos 12:2:** «Soportó la cruz, despreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra de Dios». El contexto deja claro que aquí, es por *la extrema gloria moral de todo el camino que recorrió como Autor y Consumador de la fe*.

¿No hay una razón sobreabundante para la pronunciación de esta frase del Salmo 110, que nunca fue dirigida a ningún ángel? Por supuesto que sí.

2.5 - Como recibido en gloria (Sal. 110:4 y Hebr. 5:6)

«Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» (Hebr. 5:6). Esta afirmación está claramente vinculada con la precedente en el Salmo 110; en Hebreos 5 está conectada con la misma claridad con la del Salmo 2. Cristo no se elevó a sí mismo a la gloria de Dios. Cristo no se elevó a sí mismo al oficio de Sumo Sacerdote, sino Aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy», es aquel que lo

acclamó como Hijo suyo en la encarnación, que lo exaltó a la gloria como Señor en la resurrección, y lo entronizó como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

2.6 - Nuestro Sumo Sacerdote

Aquí llegamos a lo que se aplica a nosotros. Todas las afirmaciones anteriores han sido puramente personales y dirigidas al propio Cristo en su alcance. Como Sacerdote según el orden de Melquisedec, es aquel por medio del cual todas las cosas subsisten para Dios. Es bastante evidente que ahora está ejerciendo este sacerdocio según el modelo de Aarón (Hebr. 2:17-18; 4:9-16), pero no es sacerdote según el orden de Aarón. Aquel era un sacerdocio temporal, vinculado a un orden de cosas material y visible. Él es inmutable, eterno, fuera de las genealogías humanas y del cómputo del tiempo; y por eso Melquisedec, el misterioso rey-sacerdote de la época de Abraham, se convirtió en el tipo de su orden.

Tal personaje se convirtió en nuestro Gran (Sumo) Sacerdote. Tenemos derecho a leer en el «Tú» de este versículo (Hebr. 5:6) toda la riqueza de poder, de amor y de gloria que hemos contemplado antes, y a decir «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec». ¿Podemos extrañarnos de que ahora el Espíritu de Dios añada?: «Por eso puede salvar completamente a los que se acercan a Dios por medio de él, viviendo siempre para interceder por ellos» (Hebr. 7.25).

Esta última cita difiere de las otras 5 en que está vinculada a un juramento. Hebreos 7:20-22 se refiere a ella, y podemos deducir que apunta a la inmensa superioridad del nuevo pacto. Se ha establecido un «mejor pacto» (Hebr. 7:22). Al morir, Jesús se convirtió en el «garante» de este pacto, y ahora que vive en la resurrección, sostiene, como sacerdote, tanto el pacto como a los que están sometidos a él. En lo que a él personalmente se refiere, no sería necesario ningún juramento, pero aquí es su posición oficial la que está en cuestión –una posición de la que depende el *apoyo* o mantenimiento de todos los redimidos en vida y bendición. Aquí, un juramento es enteramente apropiado. «Juró Jehová, y no se arrepentirá» (Sal. 110:4).

«No se arrepentirá». Gracias a Dios, ningún desastre caerá sobre este nuevo pacto o sobre aquellos que se benefician de él. Seremos transportados al día eterno de Dios, el día del **descanso**. Podemos cantar con seguridad:

«Paz, paz perfecta, el futuro es desconocido.

Pero conocemos a Jesús, y él está en el trono».

¿No parece, entonces, que se nos permite oír las declaraciones de Dios Padre al Hijo en los grandes momentos de crisis por los que pasó, porque él descendió en la gracia más humilde para convertirse en Mediador?

1. En su nacimiento.
2. Cuando entró en su gloria milenaria.
3. Frente a la muerte.
4. En la resurrección.
5. Como recibido en la gloria.

La primera afirmación nos da la primera etapa de esta maravillosa historia. La segunda nos da la terminación de la obra en el reino. Las tres últimas nos dan los pasos necesarios para su terminación.